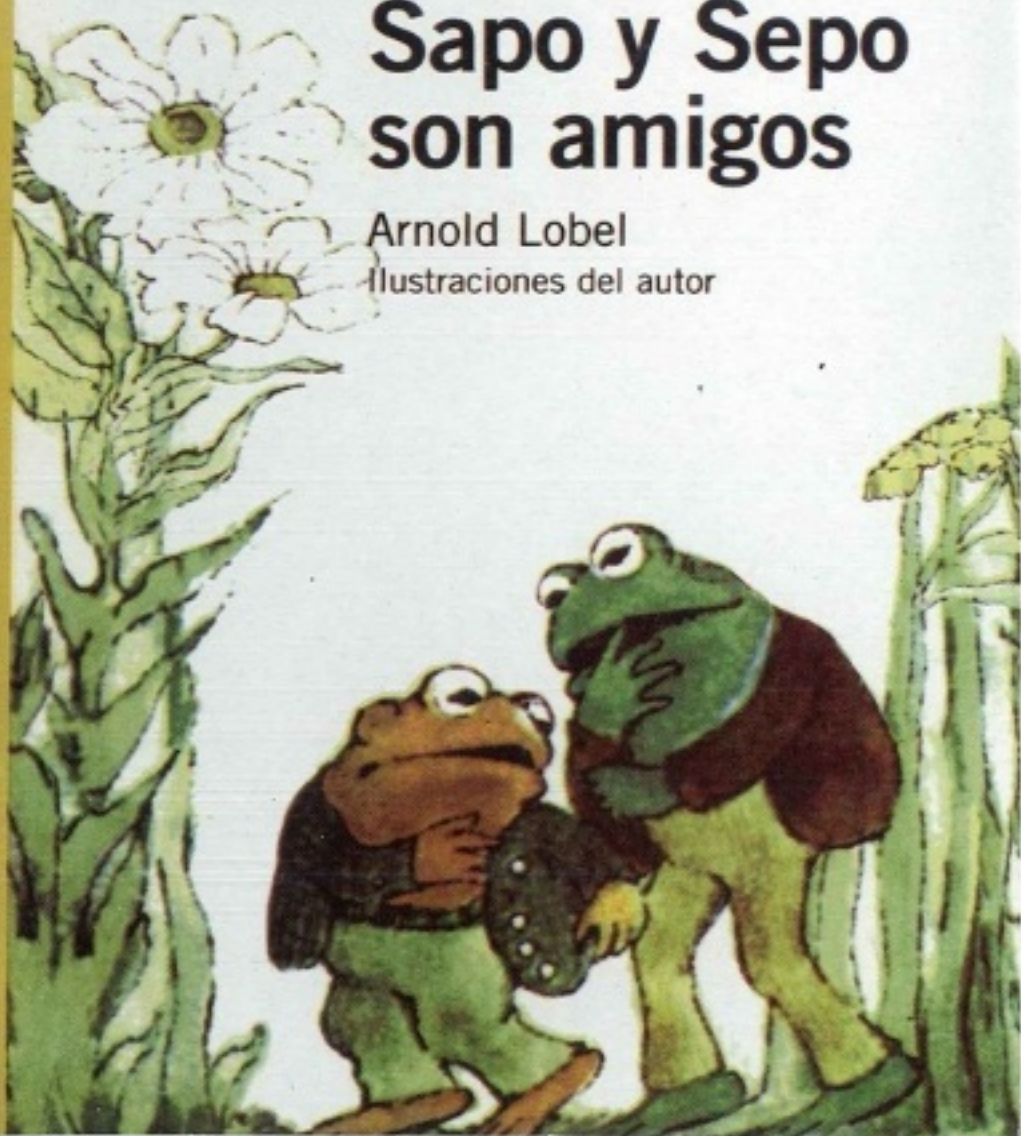


ALFAGUARA INFANTIL

Sapo y Sepo son amigos

Arnold Lobel

Ilustraciones del autor





Sapo y Sepo son amigos



por Arnold Lobel

3062

ALFAGUARA
INFANTIL Y JUVENIL

TÍTULO ORIGINAL:
FROG AND TOAD ARE FRIENDS

Del texto: Arnold Lobel
Traducción de Pablo Lizcano

© De esta edición:

ALFAGUARA

INFANTIL Y JUVENIL

1999, Aguilar Chilena de Ediciones, Ltda.
Dr. Aníbal Arias 1444, Providencia
Santiago de Chile

- Grupo Santillana de Ediciones S.A.
Torrelaguna 60, 28043 Madrid, España
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A. de C.V.
Avda. Universidad, 767. Col. del Valle,
México D.F. C.P. 03100
- Aguilar, Altea, Taurus, Alfaguara, S.A.
Beazley 3860, 1437 Buenos Aires, Argentina
- Editorial Santillana S.A.
Avda. San Felipe 731, Jesús María, Lima, Perú
- Editorial Santillana (ROU)
Javier de Viana 2350, (11200) Montevideo, Uruguay
- Santillana S.A.
Prócer Carlos Argüello 228, Asunción, Paraguay
- Santillana de Ediciones, S.A.
Avda. Arce 2533, entre Rosendo Gutiérrez y Belisario
Salinas, La Paz, Bolivia

ISBN: 956-239-067 - 5
Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera en Colombia: enero 1989
Séptima reimposición: septiembre 1996
Primera edición en Chile: octubre 1997
Segunda edición: agosto 1999
Tercera edición: octubre de 2000

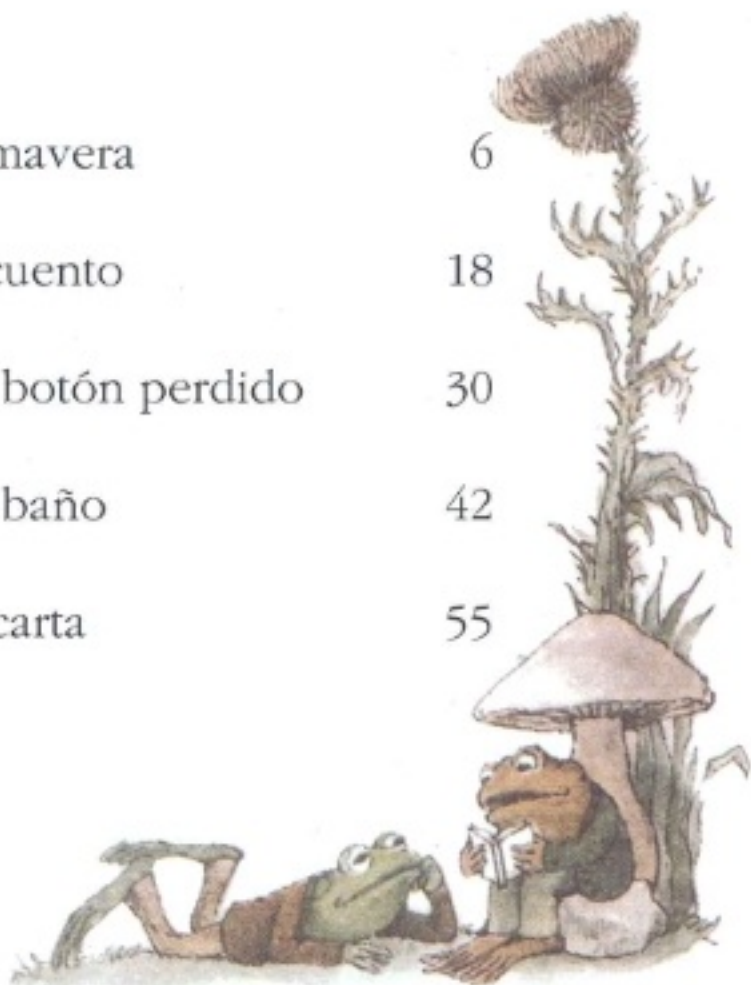
Diseño de colección:
José Crespo, Rosa Marín, Jesús Sanz

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

Índice

Primavera	6
El cuento	18
Un botón perdido	30
Un baño	42
La carta	55



Primavera

Sapo subió corriendo por el sendero
a la casa de Sepo.

Llamó a la puerta.

Nadie contestó.

—¡Sepo!, ¡Sepo! —gritó Sapo—,
despierta. ¡Ha llegado
la primavera!

—Bah —dijo una voz
dentro de la casa.

—¡Sepo!, ¡Sepo! —gritó Sapo—.
¡Brilla el sol!



La nieve se está derritiendo.

¡Despierta!

—Yo no estoy —dijo la voz.



Sapo entró en la casa.

Estaba oscuro.

Todas las contraventanas
estaban cerradas.

—Sepo, ¿dónde estás?

—le llamó Sapo.

—Vete —dijo la voz



desde una esquina de la habitación.
Sepo estaba en la cama.
Se había echado las mantas
por encima de la cabeza. Sapo
sacó a Sepo de la cama empujándolo.
Le sacó de la casa empujándolo
hasta el porche de entrada.
Sepo parpadeó por el brillo del sol.

—¡Socorro! —dijo Sepo—.

No puedo ver nada.

—No seas bobo —le dijo Sapo—.

Lo que ves es la
clara y cálida luz de abril.

Y eso significa

que podemos empezar

todo un nuevo año juntos, Sepo.

Date cuenta, podremos saltar

por los prados y correr por los bosques
y nadar en el río.

Por las tardes nos sentaremos

aquí mismo en este porche

y contaremos las estrellas.



—Cuéntalas tú, Sapo —dijo Sepo—.
Yo estaré demasiado
cansado. Me vuelvo a la cama.

Sepo volvió a entrar en la casa.
Se metió en la cama
y se echó las mantas
otra vez por encima de la cabeza.
—Pero Sepo —gritó Sapo—,
¡te vas a perder todo lo divertido!
—Escucha, Sapo —dijo Sepo—.
¿Cuánto tiempo he estado dormido?



—Has estado dormido
desde noviembre —dijo Sapo.

—Bueno —dijo Sepo—,
entonces un poco más de sueño
no me hará daño.

Vuelve otra vez y despiértame
a mediados de mayo.

Buenas noches, Sapo.





—Pero Sepo —dijo Sapo—,
hasta entonces estaré solo.
Sepo no contestó.
Se había quedado dormido.
Sapo miró el calendario de Sepo.
La página de noviembre estaba
todavía encima.
Sapo arrancó la página de noviembre.

Arrancó la página de diciembre.
Y la página de enero,
la página de febrero,
y la página de marzo.
Llegó a la página de abril.
Sapo arrancó también la página
de abril.



Luego Sapo volvió corriendo
a la cama de Sepo.

—Sepo, Sepo, despierta. Ya es mayo.

—¿Qué? —dijo Sepo—.

¿Puede ser mayo tan pronto?

—Sí —dijo Sapo—. Mira tu calendario.



Sepo miró el calendario.

La página de mayo estaba encima.

—¡Pues sí, *es* mayo! —dijo Sepo,
mientras salía trepando de la cama.
Luego, él y Sapo
corrieron afuera
a ver cómo estaba el mundo
en primavera.



El cuento

Un día de verano

Sapo no se sentía bien.

Sepo le dijo:

—Sapo, estás completamente verde.

—Pero yo siempre estoy verde —dijo

Sapo—. Soy un sapo.

—Hoy estás más verde, incluso para ser un sapo —dijo Sepo—.

Métete en mi cama y descansa.

Sepo le hizo a Sapo

una taza de té bien caliente.



Sapo se bebió el té y luego dijo:
—Cuéntame un cuento
mientras descanso.



—Está bien —dijo Sepo—. Déjame pensar en un cuento para contarte. Sepo pensaba y pensaba, pero no se le ocurría un cuento para contar a Sapo.

—Saldré al porche y pasearé
de un lado al otro —dijo Sepo—.
Quizás eso me ayude
a imaginarme un cuento.
Sepo paseó de un lado a otro
del porche durante mucho rato,
pero no se le ocurría un cuento
para contar a Sapo.





Luego Sepo entró en la casa
y se puso cabeza abajo.

—¿Por qué te pones
cabeza abajo? —le preguntó Sapo.

—Espero que estar cabeza abajo
me ayude a imaginarme un cuento
—dijo Sepo.



Sepo estuvo cabeza abajo
durante mucho rato.
Pero no se le ocurría
un cuento para contar a Sapo.

Luego Sepo

se echó un vaso de agua
en la cabeza.

—¿Por qué te echas agua
en la cabeza? —le preguntó Sapo.

—Espero que echarme agua
en la cabeza,

me ayude a imaginarme
un cuento —dijo Sepo.

Sepo se echó muchos vasos de agua
en la cabeza.

Pero no se le ocurría
un cuento

para contar a Sapo.



Luego Sepo empezó
a golpearse la cabeza
contra la pared.



—¿Por qué te golpeas
la cabeza contra
la pared? —le preguntó Sapo.

—Espero que golpeándome
duramente

la cabeza contra
la pared,

podré imaginarme
un cuento —dijo Sepo.



—Ya me siento mucho mejor, Sapo

—dijo Sapo—. Creo que ya
no necesito un cuento.

—Entonces sal de la cama
y déjame meterme a mí —dijo Sepo—
porque ahora yo me siento fatal.

Sapo dijo: —¿Te gustaría que yo
te contara un cuento, Sepo?

—Sí —dijo Sepo—, si sabes alguno.



—Había una vez —dijo Sapo—
dos buenos amigos sapos:
uno se llamaba Sapo y el otro Sepo.
Sapo no se sentía bien.
Y pidió a su amigo Sepo
que le contara un cuento.
Sepo no supo imaginarse un cuento.
Paseó de un lado al otro del porche,
pero no se le ocurría un cuento.
Se puso cabeza abajo,
pero no se le ocurría un cuento.
Se echó agua en la cabeza,
pero no se le ocurría un cuento.
Se golpeó la cabeza contra la pared,

pero ni aun así se le ocurría
un cuento.

Luego fue Sepo el que no
se sintió bien,
mientras que Sapo se sentía mejor.
Así que Sepo se metió en la cama
y Sapo se levantó
y le contó un cuento.

Fin.

¿Qué tal,

Sepo?

Pero Sepo no contestó.

Se había quedado
dormido.



Un botón perdido

Sapo y Sepo

se fueron a dar un largo paseo.

Caminaron por

un extenso prado.

Caminaron por el bosque.

Caminaron a lo largo del río.

Al final volvieron a casa,

a la casa de Sepo.

—¡Ah, maldición! —dijo Sepo—.



No sólo me duelen los pies, sino
que he perdido
un botón de la chaqueta.

—No te preocupes —dijo Sapo—.
Volveremos a todos los sitios
por donde anduvimos.
Pronto encontraremos tu botón.
Volvieron al extenso prado.
Empezaron a buscar el botón
entre la hierba alta.



—¡Aquí está tu botón! —gritó Sapo.

—Ese no es mi botón —dijo Sepo—.

Ese botón es negro.

Mi botón era blanco.

Sepo se metió el botón negro

en el bolsillo.





Un gorrión bajó volando.

—Perdona —dijo el gorrión—. ¿Has perdido un botón? Yo encontré uno.

—Ese no es mi botón —dijo Sapo—.

Ese botón tiene dos agujeros.

Mi botón tenía cuatro agujeros.

Sapo se metió el botón de dos agujeros en el bolsillo.

Volvieron al bosque
y miraron por los oscuros senderos.
—Aquí está tu botón —dijo Sapo.
—Ese no es mi botón —gritó Sepo—.
Ese botón es pequeño.
Mi botón era grande.
Sepo se metió el botón pequeño
en el bolsillo.



Un mapache salió de detrás de un árbol.
—He oído que están buscando
un botón —dijo—. Aquí tengo uno
que acabo de encontrar.
—¡Ese no es mi botón! —se quejó
Sepo—. Ese botón es cuadrado.
Mi botón era redondo.
Sepo se metió el botón cuadrado
en el bolsillo.





Sapo y Sepo volvieron al río.
Buscaron el botón en el fango.
—Aquí está tu botón —dijo Sapo.
—¡Ese no es mi botón! —gritó Sepo—.
Ese botón es delgado.
Mi botón era gordo.

Sepo se metió el botón delgado
en el bolsillo. Estaba muy molesto.
Saltaba sin parar
y chillaba:
—¡El mundo entero está cubierto
de botones y ninguno es mío!



Sepo se fue corriendo a casa
y dio un portazo.

Allí, en el suelo, vio su botón blanco,
con cuatro agujeros,
grande, redondo y gordo.

—¡Oh! —dijo Sepo—.

Estuvo aquí todo el tiempo.

Cuántas molestias le he causado a Sapo.





Sepo sacó todos los botones
del bolsillo.

Cogió la caja de la costura
de la repisa.

Sepo cosió los botones
por toda la chaqueta.





Al día siguiente Sepo le dio
su chaqueta a Sapo.

Sapo pensó que la había dejado preciosa.
Se la puso y saltó de alegría.

No se cayó ni un botón.

Sepo los había cosido muy bien.

Un baño

Sapo y Sepo bajaron al río.

—Vaya día para un baño —dijo Sapo.

—Sí —dijo Sepo—.

Me colocaré detrás de estas rocas
y me pondré el traje de baño.

—Yo no uso traje de baño

—dijo Sapo.

—Pues yo sí —dijo Sepo—.



Después de que me ponga
el traje de baño, no debes mirarme
hasta que me meta en el agua.



—¿Por qué no?

—preguntó Sapo.

—Porque me veo
ridículo en traje de baño.

Por eso —dijo Sepo.

Sapo cerró los ojos cuando Sepo
salió de detrás de las rocas.

Sepo llevaba puesto el traje de baño.

—No me mires de reojo —dijo.

Sapo y Sepo saltaron al agua.
Estuvieron nadando toda la tarde.
Sapo nadaba rápido
y salpicaba mucho.
Sepo nadaba despacio
y salpicaba poco.





Una tortuga vino por la orilla del río.
—Sapo, dile a esa tortuga
que se vaya —dijo Sepo—. No quiero
que me vea en traje de baño
cuando salga del río.
Sapo se acercó nadando a la tortuga.



—Tortuga —le dijo Sapo—,
tienes que irte.

—¿Por qué tengo que irme?
—preguntó la tortuga.

—Porque Sepo cree que
se ve ridículo en traje de baño
y no quiere que lo veas —dijo Sapo.



Una tortuga vino por la orilla del río.
—Sapo, dile a esa tortuga
que se vaya —dijo Sepo—. No quiero
que me vea en traje de baño
cuando salga del río.
Sapo se acercó nadando a la tortuga.



—Tortuga —le dijo Sapo—,
tienes que irte.

—¿Por qué tengo que irme?
—preguntó la tortuga.

—Porque Sepo cree que
se ve ridículo en traje de baño
y no quiere que lo veas —dijo Sapo.



Unos lagartos estaban sentados allí cerca.

—¿Se ve Sepo realmente ridículo en traje de baño? —preguntaron.

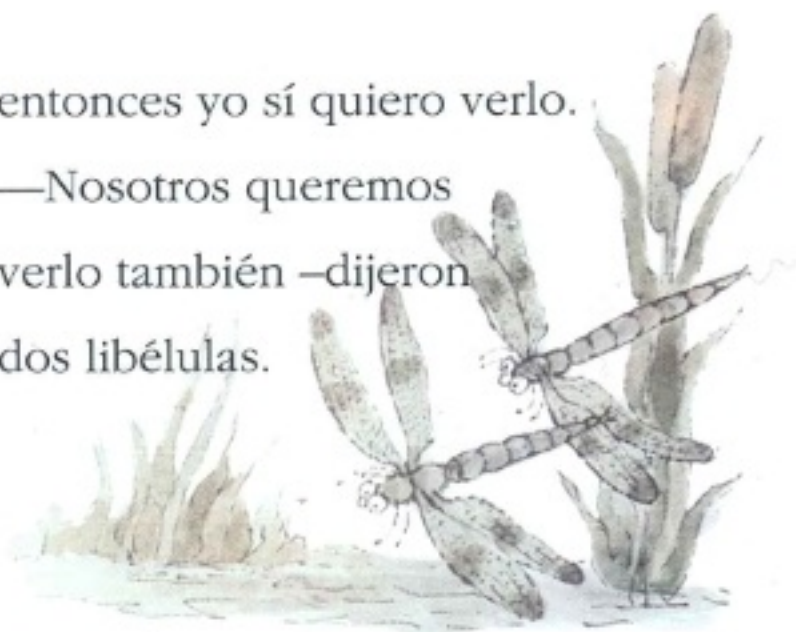
Una serpiente salió arrastrándose de la hierba.

—Si Sepo se ve ridículo en traje de baño —dijo la serpiente—



entonces yo sí quiero verlo.

—Nosotros queremos verlo también —dijeron dos libélulas.



—Yo también —dijo un ratón silvestre—. No he visto nada ridículo en mucho tiempo.



Sapo volvió nadando con Sepo.

—Lo siento, Sepo —dijo—. Todos quieren ver qué pinta tienes.

—Entonces me quedaré aquí hasta que se vayan —dijo Sepo.

La tortuga, los lagartos,
la serpiente, las libélulas
y el ratón silvestre,

todos se sentaron en la orilla del río.

Esperaban que Sepo saliera del agua.

—Por favor —gritó Sepo—.

¡Por favor, márchense!

Pero nadie se fue.



Sepo tenía cada vez más frío.
Empezaba a tiritar y a estornudar.
—Tendré que salir del agua
—dijo Sepo—. Me estoy resfriando.



Sepo salió del río a rastras.

El agua chorreaba de su traje de baño
y le caía a los pies.



La tortuga se echó a reír.

Los lagartos se echaron a reír.

La serpiente se echó a reír.

El ratón silvestre se echó a reír.

Y Sapo se echó a reír.

—¿De qué te ríes, Sapo?

—dijo Sepo.

—Me río de ti, Sepo

—dijo Sapo—,

porque *de verdad* te ves ridículo
en traje de baño.

—Por supuesto que sí —dijo Sepo.

Entonces recogió su ropa
y se fue a casa.



La carta



Sepo estaba sentado en el porche.

Sapo pasó por allí y dijo:

—¿Qué te pasa, Sepo?

Pareces triste.



—Sí —dijo Sepo—.

Este es mi rato triste del día.

Es el momento en que espero
que venga el correo.

Me hace siempre muy desgraciado.

—¿Y eso por qué? —preguntó Sapo.

—Porque nunca tengo carta

—dijo Sepo.



—¿Nunca? —preguntó Sapo.

—No, nunca —dijo Sepo—. Nadie me ha enviado nunca una carta.

Todos los días mi buzón está vacío.

Por eso esperar el correo

es un momento triste para mí.

Sapo y Sepo se sentaron en el porche,
sintiéndose tristes juntos.

Luego Sapo dijo:

—Tengo que irme a casa ya, Sepo.

Hay algo que debo hacer.

Sapo se marchó a su casa rápidamente.



Encontró un lápiz y un trozo de papel.

Escribió en el papel.

Metió el papel en un sobre.

En el sobre escribió:

«CARTA PARA SEPO».

Sapo salió corriendo de su casa.

Vio un caracol al que conocía.

—Caracol —dijo Sapo—,

por favor, toma esta carta para Sepo

y ponla en el buzón de su casa.

—De acuerdo —dijo el caracol—.

Ahora mismo.





Luego Sapo volvió corriendo a la casa de Sepo. Este estaba en cama, durmiendo la siesta.

—Sepo —dijo Sapo—, creo que debes levantarte y esperar el correo un poco más.

—No —dijo Sepo—, estoy cansado de esperar el correo.



Sapo miró por la ventana
el buzón de Sepo.

El caracol no había llegado todavía.

—Sepo —dijo Sapo—, nunca se sabe
cuándo puede enviarte alguien
una carta.

—No, no —dijo Sepo—.



Creo que nadie me enviará
nunca una carta.

Sapo miró por la ventana.

El caracol todavía no había llegado.

—Pero, Sepo —dijo Sapo—,
alguien puede enviarte una carta hoy.

—No seas bobo —dijo Sepo—.

Nadie me ha enviado nunca
una carta antes y nadie

me enviará una carta hoy.

Sapo miró por la ventana.

El caracol todavía no había llegado.

—Sapo, ¿por qué te quedas mirando por la ventana? —preguntó Sepo.

—Porque ahora estoy esperando el correo —dijo Sapo.

—Pero no habrá nada —dijo Sepo.





—¡Oh!, sí que habrá —dijo Sapo—,
porque yo te he enviado una carta.

—¿De verdad? —dijo Sepo—.

¿Qué has escrito en la carta?

Sapo dijo:

—Escribí: «Querido Sepo, estoy
contento de que tú
seas mi mejor amigo.



Tu mejor amigo, Sapo.»

—¡Oh! —dijo Sepo—,
es una carta preciosa.

Entonces Sapo y Sepo salieron
al porche de la entrada
a esperar el correo.

Se sentaron allí,
sintiéndose felices juntos.



Sapo y Sepo esperaron mucho rato.
Cuatro días más tarde
el caracol llegó a la casa de Sepo
y le dio la carta de Sapo.
Sepo se alegró mucho de recibirla.

